



## UN DÍA CUALQUIERA

Sergio Fernández Bravo

**E**l estridente sonido del pequeño despertador se repetía una y otra vez. Ricardo estiró el brazo, localizó a tientas el aparato y lo hizo callar de un manotazo. Haciendo un esfuerzo se incorporó. Sabía que un minuto más en la cama multiplicaría las dificultades para llegar al centro de trabajo. Ya en pie se acercó a su mujer que, acurrucada, no parecía haberse dado por enterada de la ruidosa alarma y la besó rápidamente en la frente.

—Elena... ya es hora. Se te va a hacer tarde.

Tomó los pantalones que colgaban del respaldo de una silla, doblados cuidadosamente para evitar las arrugas, se metió en ellos y echó a andar hacia el cuarto de baño. Hacía mucho que había adoptado la costumbre de rasurarse por la noche, para ganar tiempo, y bañarse en caso que el agua hubiera llegado a las tuberías y tuviese suficiente presión para subir a los tinacos. Si no era así, era inútil suplicar al portero que conectara la bomba para subir agua de la cisterna, ya que éste temía ser reprendido por los administradores del multifamiliar al que pertenecía su departamento. El agua que escupió la llave del lavabo estaba fría como hielo. Se lavó manos y rostro y terminó de vestirse. Se sirvió un vaso de leche de la botella que sacó del refrigerador, tomó una servilleta de papel, envolvió con ella la pieza de pan que estaba sobre la mesa, se acercó a la puerta del baño y dio unos golpes suaves.

—Ya me voy.

—¡Cúidate! Nos vemos en la noche.

Ese era el ritual de los seis días que separaban un domingo de otro. El mismo, mes tras mes, año tras año. El fin de semana salía con ella a dar una vuelta caminando entre multitudes que, como ellos, se encontraban unos al lado del otro, sin reparar en quienes les rodeaban, abriéndose paso por las repletas aceras que rodeaban los conjuntos habitacionales.

A veces se aventuraban a tomar dinero de sus ahorros para comprar boletos para el cine, e iban ahí siempre y cuando hubiesen tenido la suerte de encontrar localidades disponibles. No importaba el filme que proyectaran, lo que buscaban era desentenderse unas horas de la monotonía aplastante en la que se desarrollaban sus vidas.

Habían soñado tanto con esos días en los que, unidos como pareja, gozarían de la dicha de estar enamorados y juntos. Pero todo aquello, si no se había marchitado del todo se debía al esfuerzo que hacían para mantenerse interesados uno en otro, decididos a impedir que el ritmo monótono de sus vidas los engullera.

Ricardo bajó con rapidez los doscientos escalones hasta llegar a la planta baja. No quiso ni siquiera hacer el intento de esperar el ascensor, pues era la hora en que todos los inquilinos tenían que hacer lo mismo, se acercó a las rampas de las escaleras que rebosaban de gente mientras que en la cabina del elevador se apretaban quienes completaban el cupo máximo que recomendaba el fabricante. En la calle, el ambiente enrarecido normal en todas las ciudades del planeta le hirió la cara y le hizo entornar los ojos, que le empezaron a arder como si miles de pequeñas agujas los taladraran.

El ruido de los motores de los miles de vehículos que se disputaban un trozo de terreno por donde circular, le recordó el cuento de Cortázar donde todos los autos de París quedan inmovilizados en una autopista. Ricardo observó a las vías de acceso vomitar nuevos vehículos a la avenida principal, que se sumaban a los que llenaban el asfalto, y se estremeció al pensar que a esta ciudad le faltaba poco para llegar al caos parisino. Sintió rabia al recordar a un desquiciado gobernante populista que había impulsado el “replamamiento” de esta urbe atestada.

Se abrió paso entre la multitud que caminaba a su lado rumbo a la boca del metro que se encontraba a dos cuadras de ahí. Adentro, las escaleras eléctricas que descendían parecían llenas de miles de abejas apretadas unas contra otras, muy quietas mientras los engranajes hacían su trabajo y llevaban los peldaños a su destino, en tanto que la escalera de granito de descenso era un auténtico río humano que se movía con ritmo trepidante, como un oleaje que se hundía en la negrura del fondo.

Como era de esperar, en el andén no cabía nadie más. Ricardo se dejó llevar por los empujones de los que venían atrás y encontró un hueco entre los usuarios en donde aguardar la llegada del tren. Considerando cuántos vagones tendría que dejar pasar hasta encontrar cabida en uno, cruzó



los brazos sobre su pecho para ocupar menos espacio en el sitio donde pudo insertarse dispuesto a esperar. No tenía caso desesperarse. Nada podía hacer.

Cuando la ola humana lo arrastró al interior de un vagón, le ahogó el calor de encierro y el olor que desprendían los ocupantes. Sentía aplastarse sobre su cuerpo la anatomía de los que le rodeaban y sobre su cuello el aliento cálido de quien estaba a sus espaldas.

En su momento, una ola humana semejante lo arrastró fuera, pues la estación en donde debía bajar era de correspondencia y muchísima gente la usaba. La salida a la superficie fue semejante a la llegada, y afuera, si bien el entorno era distinto al no tratarse de una zona habitacional sino comercial, las mismas multitudes se empujaban por las aceras y el ruido de las bocinas de los automóviles era ensordecedor.

Ricardo trabajaba en un edificio gubernamental en donde se tramitaban licencias comerciales y se hacían solicitudes de revisión para conceder ciertos permisos. Había obtenido ese trabajo miserable luego de meses de buscar dónde ejercer la carrera universitaria que había cursado. Tardó mucho en acostumbrarse a ese trabajo burocrático, un eslabón más en la interminable cadena de trámites a que estaban obligados los ciudadanos. Al principio, con la esperanza de salir de esa trampa oscura que era el empleo conseguido, usaba parte de la hora de comida para buscar algo mejor. Al llegar a casa miraba el título universitario, pulcramente enmarcado, que colgaba de una pared de la sala y no podía contener un ataque de furia e impotencia. Pero lentamente esa frustración fue amainando. El título acabó guardado en una mesa en un rincón de la casa.

Abrió un cajón del escritorio que tenía ante él, extrajo varios grupos de documentos que acomodó prolijamente sobre la mesa, sacó varios sellos y un cojinete de tinta y sacudió con una pequeña brocha el teclado de la computadora. Luego sonrió al observar que sus compañeros, que formaban a su lado una fila ante un mostrador de atención al público, habían realizado esos movimientos mecánicos casi al mismo tiempo que él. Se sintió parte de un grupo de marionetas sin vida que obedecían a una orden silenciosa.

Cuando llegó por primera vez ahí observó cómo ese trabajo, que no requería más que un mínimo de atención, había hecho que los empleados obraran de una manera fría y automática tal, que les quitaba todo sentimiento y los dejaba apenas como

un remedo de seres humanos en los que no parecía que palpitará la vida. Entonces se juró que él no llegaría a eso. Intentó no sólo atender a los que se acercaban a su ventanilla, sino entenderlos y tratarlos con la calidez y gentileza que se merecían, pero su jefe le reprendió, pues ello disminuía el ritmo de trabajo.

Luego llegó el hastío. El lento transcurrir de las horas, la pereza de dar el mismo número de pasos para volver a casa, sufrir las mismas humillaciones y aspirar los mismos olores y los mismos ahogos, viajando en un vagón de metro sin espacio siquiera para enjugarse el sudor de la frente e inmovilizado con los brazos apretados contra el cuerpo por la presión de otros viajeros.

En casa Elena, su mujer, fatigada por el día de trabajo, esperaba en el sofá mirando sin ver la pantalla de la televisión. Su vida era tan monótona como la suya y los problemas laborales llenos de incidentes tan estúpidos y tan nimios como los que él sufría, por lo que hacía tiempo habían dejado de comunicárselos.

La besó e intentó dar con ello más calidez que la acostumbrada. Ella levantó la vista y lo miró fijamente. Durante unos momentos mantuvieron un diálogo silencioso con la mirada. Se dijeron todo. Expresaron su desaliento, su frustración al no haber tenido lo que tanto soñaron, su decisión, tomada hacía tiempo, de no tener hijos y la añoranza por no haber podido gozar nunca de la calidez y el cariño de unos brazos pequeños que los buscaran y les hicieran una caricia. Pero los tiempos habían cambiado. La ciudad, el país, el mundo habían cambiado. Millones como ellos sufrían de manera semejante, agradeciendo no contarse entre aquellos con peor suerte que compartían su hambre y su miseria con los hijos procreados.

Un hálito de esperanza cruzó de pronto por sus miradas. Elena se irguió y acercó sus labios a los suyos, extendió el brazo y le rodeó el cuello. Ricardo sintió su mejilla húmeda y también lloró.

---

**Sergio Fernández Bravo** (Orizaba, 1928). Mexicano, estudió arquitectura antes de incursionar en el teatro. Fue asistente de Seki Sano y organizó la puesta en escena de varias obras en la parroquia de Clavería con actores profesionales y aficionados. Entre las obras producidas en esa sala se pueden mencionar: *JB* de Archibald MacLeish, *La zapatera prodigiosa* de Federico García Lorca y *Las brujas de Salem* de Arthur Miller. También fue director del área de discos clásicos de Discos Gamma, sucursal de Hispavox en México.